VERSO 13.

Racimo de cipro es mi Amado para mí,
en las viñas de Engaddí.

¿Qué es lo que aquí se llama cipro? Unos creen que es el alcanfor, que tiene propiedades medicinales; varios santos Padres, como San Gregorio y San Bernardo, creen que se trata de la vid, que en aquella tierra llamada de Engaddí eran sus racimos sumamente crecidos, dulces y sabrosos; y otros, finalmente creen que se trata de un árbol llamado cipro, grande y frondoso, y que produce unos copos de flores blancas y olorosas que cuelgan como racimos. Todo esto conviene admirablemente á Jesucristo: como el alcanfor arde en el agua, así el corazón de Jesús ardió en fuego divino en medio de las fangosas aguas del mundo; como el alcanfor calma y aplaca las erupciones de la piel, así el Señor calma y aplaca la irritación de las pasiones; como el alcanfor, si no está muy bien guardado y en-

cerrado, se evapora y desaparece, así el Señor y su gracia, si no está muy bien custodiado, en el corazón, desaparece y se aleja.

Pero más bien parece que se trata aquí del racimo de la vid.

Refiere la sagrada Escritura, que los emisarios de Josué, mandadados á inspeccionar la tierra de promisión, volvieron trayendo por muestra de su fertilidad un racimo de uvas de tan gran tamaño, que le traían dos hombres sobre un madero que cargaban en los hombros, lo cual era una tosca representación de la cruz, como lo explican los Doctores; de suerte que el racimo suspendido de aquel leño y con dos hombres á los lados, simbolizaba á Cristo suspendido del leño de la cruz y puesto en medio de dos ladrones; y el jugo copiosísimo de aquel racimo, significa la preciosa y copiosa sangre de nuestro Salvador, que además de lavar todos los pecados, es el vino generoso que enardece y alienta á las almas.

Los copos hermosísimos de flores del cipro, significan las suavísimas virtudes

de Jesucristo. Y esto se entiende de la Resurrección, Ascensión y gloria del Señor en los cielos; de suerte que, como observa un doctor, Jesucristo fué como nardo en su Encarnación, manojito de mirra en su Pasión, y racimo de cipro en su Resurrección. Y así, la santísima Virgen, en estos versos le alaba en todos sus misterios; en su Encarnación, el nardo da su olor, adorando á su Hijo; en la Pasión y al pie de la cruz, le abraza en su pecho para participar de su amargura, como hacecito de mirra; y en su Resurrección, admira y alaba las dotes gloriosas del Señor, como olorosísimas flores del árbol del cipro. Y nótese muy bien aquí significado el sacratísimo Rosario; pues que el nardo oloroso representa los misterios gozosos; el manojito de mirra, hecho como de cinco ramas, los cinco misterios dolorosos; y el racimo de cipro con sus copos elevados de blancas flores, los misterios gloriosos de la Resurrección y Ascensión del Señor. Y aun la venida del Espíritu Santo se indica en este verso, pues creen muchos que el cipro es el árbol del bálsamo, y el bálsamo por su

excelente olor, significa la gracia del Espíritu Santo, por lo cual se hace uso del bálsamo mezclado con el óleo en el sacramento de la Confirmación.

La palabra Engaddí, significa *la fuente del cabrito*, porque el Señor no vino á llamar á los justos, sino á los pecadores; y así las viñas de Engaddí, son los sacramentos que perdonan los pecados, y lavándose en ellos los cabritos, se truecan en blancas ovejas.

Oigamos explicarlo bellamente á San Gregorio Papa: «En Engaddí se produce el bálsamo, que con el óleo y la bendición pontifical se hace crisma, y por él se significan los dones del Espíritu Santo. Engaddí se interpreta *fuente del cabrito*, y antiguamente se inmolaba un cabrito por los pecados. Por la fuente del cabrito se significa la fuente del Bautismo, en el cual el cuerpo se sumerge, y el alma se lava y queda limpia de todos sus pecados.»

Ahora bien; la santísima Virgen, que es Refugio de pecadores, viendo que en los sacramentos de la Iglesia, lava el Señor á las almas con el agua de su Costado,

y las cura con el bálsamo de su gracia, y las fortalece con el vino generoso de su sangre, por lo cual el Señor se compara ya al racimo de la vid, ya al bálsamo, ya al cipro, le alaba y le aclama diciendo: «Racimo de cipro es mi Amado para mí, en las viñas de Engaddí.» Mas después de estas alabanzas que, como hemos dicho, comprenden todos los misterios de la redención, desde la Encarnación del Señor hasta la venida del Espíritu Santo, Jesús retorna sus alabanzas á su inmaculada Madre, y el Esposo retorna sus loores á su amada Esposa, como vamos á verlo en el verso siguiente.

VERSO 14.

Hé aquí tú eres hermosa, amiga mía; he aquí tú eres hermosa, tus ojos de palomas.

Pues en las esposas se busca como una dote excelente la belleza; de aquí es que el Esposo la alaba grandemente en su

Esposa, llamándola su amiga, conjunta ó compañera, y repitiendo la alabanza de su hermosura, para mostrarla más grande y más preciosa. No cabe duda que la grande amiga del Señor, su conjunta como la madre con el hijo, su compañera en la grande obra de la redención, es la santísima é inmaculada Virgen María, de quien habla aquí el Esposo: la llama dos veces hermosa, porque es hermosa en el interior y en el exterior; hermosa en su cuerpo y en su alma; hermosa en su virginidad y hermosa en su maternidad; hermosa en la tierra y hermosa en el cielo; hermosa ante los hombres, y hermosa ante los ángeles; hermosa en sus dolores, y hermosa en sus alegrías; hermosa en su santísima vida, y hermosa en su gloriosísimo tránsito. Y en el instante de su Concepción, fué hermosa por estar libertada del pecado, y hermosa por haber sido colmada de gracias. Ahora, nuestra querida Madre es hermosa en sus altares, hermosa en sus imágenes, hermosa en sus cintas y medallas; es hermosa en sus escapularios, blancos y azulados, ó negros y oscuros; hermosa en

sus fiestas, hermosa en sus Oficios, hermosa en sus Religiones y Asociaciones. Digamos, pues, á imitación del Esposo: «He aquí que eres hermosa, Madre mía, y Reina mía; he aquí que eres hermosa, bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de tu sacratísimo vientre.»

Mas ¿por qué se añade «tus ojos de palomas?»

Para entenderlo, recordemos una palabra de nuestro divino Salvador: «Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso; mas si tu ojo fuere malo, todo tu cuerpo será tenebroso.» (Math. VI. 22). Este ojo es la intención: si esta fuese recta, sencilla y sin doblez, todo el cuerpo de la obra será luminoso, esto es, limpio, puro y meritorio; mas si la intención fuese torcida, dolosa ó mala en cualquier sentido, todo el cuerpo de la obra será tenebroso, pecaminoso y culpable. De aquí es que, el alabar el Esposo los ojos de su Esposa como de palomas, significa, lo primero, que son sencillos, cándidos é ingenuos; lo segundo, que son púdicos y ruborosos; lo tercero, que son rectos, pues las palomas no miran al sos-

layo; lo cuarto, amorosos y amables; lo quinto, plácidos y mansísimos. Todo esto admirablemente conviene á la Virgen María, cuyas intenciones todas fueron puras, rectas y agradables á Dios. Además, dice el Abad Ruperto, que no es nuevo significarse por los ojos los dones del Espíritu Santo, pues en el profeta Zacarías se significan por los siete ojos de la piedra, que es Cristo. Y así hace hablar al Señor de esta manera: «Estos ojos míos, son también tuyos; ojos son de paloma, ojos de todas las gracias, pues desde que me recibiste en tus castas entrañas, te hiciste participante de todas las gracias y de los dones del Espíritu Santo, que todos descansaron sobre mí.» Así, los ojos de palomas, son ojos de virtudes, de simplicidad, de inocencia, de pureza, de candor, de gracias, de virtudes y de dones. ¡Oh preciosísimos ojos de nuestra Madre María! Mas Ella responde á estas alabanzas retornándolas al Señor, de esta manera:

VERSO 15.

He aquí tú eres hermoso, Amado mío;
nuestro pequeño lecho es florido.

Como dos veces había alabado el Esposo la hermosura de la Virgen María, así Ella dá dos alabanzas á su Esposo, llamándole hermoso y gracioso. Y aquí entienden los santos, con San Gregorio y San Anselmo, que Jesucristo es hermoso en la divinidad, y gracioso en su humanidad. En la divinidad, es bien claro que el Señor es soberanamente hermoso y la fuente de toda hermosura, pues es la imagen del Padre y el esplendor de su substancia, y es luz de luz que todo lo hermosea. Y en la naturaleza humana, le llama David: «gracioso en su forma entre todos los hijos de los hombres»; y nadie como su divina Madre pudo conocer mejor y alabar esta hermosura. Bien pudo decir, pues, como un santo doctor: «Hermoso es el Verbo en Dios, y hermoso en el virgíneo seno, en donde sin perder

la divinidad, asumió la humanidad. Hermoso el Verbo recién nacido infante; cuando se alimentaba en el seno maternal, cuando era llevado en brazos, los cielos hablaron, los ángeles cantaron, los Magos, tras una estrella caminaron, los humildes pastores le adoraron. Hermoso es, pues, en el cielo, hermoso en la tierra, hermoso en las manos de sus padres, hermoso en sus milagros, hermoso en sus trabajos, hermoso invitando á la vida, hermoso despreciando la muerte, hermoso dejando á su alma, y hermoso tomándola de nuevo, hermoso en la cruz y en el sepulcro, hermoso en el cielo, y hermoso aun en nuestro pobre entendimiento» (San Agustín). Pero aun más apropósito la hace hablar el Abad Ruperto, diciendo: «Si mi Dios me alaba por ser virgen y madre, por ser El Dios y Hombre, yo le adoro; si El me dice: he aquí que tú eres hermosa; si me repite, he aquí que tú eres hermosa; yo le respondo: he aquí Amado mío que eres gracioso. Desde que yo quedé hermosa por obra tuya, tú que siempre fuiste hermoso, más hermoso apareciste; pues en verdad aumen-

taste tu hermosura, cuando siendo Dios te dignaste hacerte Hombre. Tú de tal modo eres hermoso, que eres la substancia misma de la hermosura, y de tal modo gracioso, que eres la misma gracia de la humanidad. Si soy yo hermosa, es porque tú eres mi hermosura, pues no es la vara la hermosura de la flor, antes la flor es la hermosura de la vara».

Y á un Esposo y á una Esposa llenos de hermosura, les corresponde una casa y un tálamo también hermosos; y por esto añade: «nuestro lecho es de flores»; esto es, cubierto de flores, y verdegueando con las hojas, y cubierto con la sombra de floridos arbustos. ¿Cuál es este lecho de flores? He aquí cómo responde un doctor: «El lecho de Cristo es su Carne; pues así como el lecho tiene dos usos: padecer en él durante la enfermedad, y descansar durante la salud, así el Señor, en su Carne, padeció en las humanas flaquezas antes de su pasión, y descansó en ella en su resurrección; y muy bien se dice: Nuestro lecho es florido, pues primero floreció en su vida; secóse por su muerte, y refloreció por su

resurrección. Y así dice en un salmo: «Y mi carne refloreció».

San Gregorio lo explica de este modo: «¿Qué quiere decir el lecho de la Esposa, sino la quietud y descanso del alma? porque el alma que ardientemente ama á Cristo su Esposo, apártase en cuanto puede de los cuidados del mundo y va acopiando en su interior las virtudes con que agrade á su Esposo. Y así, al despreciar todas las cosas temporales, se forma un lecho en la paz de su victoria, y mientras más tranquila en él descansa, más flores encuentra para agradar al Esposo con su hermosura.»

San Bernardo entiende por el lecho florido los conventos: «En la Iglesia, dice, pienso que el lecho donde se descansa son los claustros y monasterios, en los cuales se vive con quietud, lejos de los cuidados del siglo y de las angustias de la vida. Y este lecho se nos presenta lleno de flores, por los ejemplos de los fundadores y compañeros que allí han derramado el buen olor de sus virtudes».

En cuanto á la Virgen María, su vientre sacratísimo fué el lecho donde Jesu-

cristo descansó y como durmió por nueve meses, y de allí se levantó para correr su carrera. Y Cristo en ella descansaba, y María descansaba en Cristo, y de su lecho se exhalaba el aroma de las más preciosas flores, es decir, los encendidísimos afectos del Corazón de Jesús, y los ardientes deseos del Corazón de su Madre inmaculada. Nosotros somos lecho de Jesús en la comunión.

VERSO 16.

Las vigas de nuestra casa son de cedro: nuestros artesonados de ciprés.

Después de haber alabado el lecho, como el que está recostado en él, naturalmente vuelve los ojos hacia el techo, y mira y aun cuenta las vigas que le componen; así Ella, mirando esos hermosos maderos, y los artesonados que sostienen, es decir, las figuras y composturas que pendientes y clavadas en las vigas formaban preciosos adornos en el techo, como se observa en las cámaras y habitaciones reales, admirando la fortaleza de las maderas, las bellezas de las figuras del artesonado, las alaba diciendo: «Las vigas de nuestra casa son de cedro: los artesonados de ciprés.» El cedro es una madera incorruptible, de un olor agradable, y de un sabor acre y picante que estorba se le crie polilla que lo destruya.

El ciprés produce una madera muy estimada por su mucha duración, y que siendo muy cerrada en sus poros, no padece abras ni torceduras, y por consiguiente es muy apta para trabajos finos y duraderos. Y por eso la Esposa alaba las vigas de cedro, macizas y odoríferas, y los artesonados colocados en ellas, compuestos y tallados de madera de ciprés. Esto supuesto, ¿cuál es la casa en donde estas maderas están colocadas, y esas, qué significan?

Como á la casa la llama *nuestra* la Esposa, claro es que significa la casa que es á un mismo tiempo del Esposo y de la Esposa, de Jesús y de María, y esta es la misma alma de la Virgen santísima, casa donde el Señor siempre estuvo. En es-

ta casa hay dos géneros de gracias y virtudes: la gracia santificante que va unida con las virtudes cardinales, que son como cuatro maderos ó vigas principales que sostienen el techado, y las gracias que se llaman *gratis datas*, como la ciencia de las Escrituras, el don de lenguas, la profecía, etc. Ahora bien; las virtudes cardinales son enteramente necesarias para el edificio de la perfección, y por eso la Iglesia, en la canonización de los santos, hace un examen muy severo acerca de estas virtudes; son, pues, como las vigas del techado, que lo sustentan y conservan, y sin el cual no podría habitarse la casa. En cuanto á las gracias *gratis datas*, no son necesarias para la santidad, pero la adornan, la embellecen y la magnifican; y por eso se habla en las vidas de los santos del dón de milagros, del espíritu profético, del conocimiento de la sagrada Escritura, del penetrar los corazones, etc., admirándose la ciencia teológica en sencillas mujeres como en Santa Catalina de Sena. Pueden, pues, muy bien estas gracias y dones, compararse á los artesonados,

porque como estos están clavados en las vigas y penden de ellas, así esos dones gratuitos dependen de las virtudes y sirven para embellecerlas y adornarlas. Las vigas, pues, de la casa virginal, son la prudencia, justicia, fortaleza y templanza, solidísimas virtudes del alma de María; y los artesonados son los dones gratuitos, pues tuvo todos los que cuenta San Pablo, y los numera como muy repartidos entre varias clases de personas cuando dice: «A uno por el Espíritu Santo, se le dá palabra de sabiduría; á otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; á otro, fe por el mismo Espíritu; á otro, gracia de sanidades en un mismo Espíritu; á otro, operación de virtudes; á otro, profecías; á otro, discreción de espíritus; á otro, linajes de lengua; á otro, interpretación de palabras» (1ª á los Cor. XII. 8, 9, 10). Pues todo esto, que fué repartido á uno y á otro, por el Espíritu Santo, le fué dado junto á la Virgen Santísima á quien cubrió con su sombra; y así sus virtudes fueron sólidas, odoríferas, altas y frondosas como el cedro; y sus dones, hermosos y agra-

dables, firmes y sin lesión como el ciprés, levantado en alto como él, y mirando al cielo por la recta intención, como mira siempre al cielo la punta del ciprés. Y muy bien puede también decirse, que en la casa de María, las vigas gruesas y macizas figuran los santos Angeles, que como á Reina le están sujetos, y son incorruptibles é impecables; y los artesonados hermosos y pendientes de las vigas, son los devotos siervos de María, sostenidos y protegidos por los santos Angeles, y que con sus virtudes, como que adornan y embellecen el alma de su muy amada Madre.

Aquí termina el primer capítulo del Cántico de los cánticos, y al fin de él, la santísima Virgen hace algunas saludabes advertencias á sus muy amadas hijas.

Voz de la Virgen santísima,
á las Hijas de María Inmaculada.

Mucho provecho podréis sacar, amadas hijas mías, de este primer capí-

tulo del Cántico divino. Primeramente, debéis desear con ardor la unión con Jesucristo, como yo deseaba y pedía su santa Encarnación. Si el Señor os llama á servirle en una vida más perfecta, en el claustro de un convento ó en otra Congregación religiosa, no dejéis entibiar vuestros deseos; pedidlo con ardor y con constancia, y para merecerlo en algún modo, apartaos de las delicias del siglo, considerando que los ungüentos del Esposo son infinitamente superiores al vino de los goces mundanales: Corred en pos de mí con la imitación de las virtudes, y sed rectas en todas vuestras acciones é intenciones. Entrad á las cámaras de la oración íntima y profunda, y empezad siempre por meditar la negrura de vuestras pasadas culpas, que el sol de la concupiscencia os hizo cometer. Deplorad el olvido de vuestra alma, viña del Señor, que abandonásteis por entreteneros en las viñas de agenos cuidados. Buscad al Señor en el medio día de su amor y de sus finezas, pues bien sabéis que descansa y apacienta en la sagrada Eucaristía. Acostumbrad practicar la hora eu-

carística, que es una hora de meditación semanaria á los piés de Jesús Sacramentado, para que os enseñe á amarle á él sólo, y no andar vagueando tras de las miserables criaturas, sino regir y dominar vuestras pasiones á ejemplo de los santos. Si así lo hacéis, hijas mías, mi Jesús os colmará de gracias y favores: os hará como sus carrozas, que por todas partes le llevéis en vuestro corazón; os dará virginal modestia en vuestro semblante, y os adornará el cuello y los brazos con la docilidad de la obediencia y la constancia en el bien obrar. Acostumbrad el dulce ejercicio de la presencia de Dios, para que el Rey eterno, reclinado en vuestro corazón, lo convierta en un nardo oloroso, que siempre esté exhalando el aroma de la oración, del amor y del agradecimiento.

Sobre todo, no olvidéis, mis muy amadas hijas, el meditar la dolorosa Pasión del Salvador; haced de todos sus pasos como un manojito de amarga mirra que esté siempre en vuestro corazón y vuestra memoria, y El, como sabroso racimo, os dará á beber sus gracias en las viñas

de Engaddí, que son los santos sacramentos. Y mi Jesús alabará vuestra hermosura y la sencillez y la simplicidad de vuestras intenciones; y vosotras alabaréis la suya, de donde habrá venido toda la vuestra. Y vuestra alma será como un lecho donde el Señor descanse, oloroso con las flores de vuestros afectos; y con las sólidas virtudes, formará como el techo de vuestra casa, y con sus dones y gracias especiales, la hermoseará como con preciosos adornos. Y qué, amadas hijas, ¿no suspiraréis por llegar á esta dicha? ¿no desearéis con deseo, ser las esposas de mi dulce y divino Jesús? .... En mí hallaréis abogada y protectora: yo soy vuestra Madre y seré también vuestra Madrina: yo os purificaré y os adornaré para esas bodas celestiales. Vosotras sedme siempre fieles: no abandonéis jamás el sacratísimo Rosario, cuyos misterios de gozo, de dolor y de gloria, visteis figurados en el nardo oloroso, la amarga mirra y el florido cipro. Traed siempre con vosotras vuestro rosario, y pensad que vuestra Madre os ama con un amor que nunca podréis comprender, y en la

vida os asistirá, en la muerte vendrá á recibiros, bajará al purgatorio á libertaros, y os presentará á Jesús en las delicias de la gloria.

Voz de las hijas.

¡Bendita seas, Madre mía! oído hemos tu voz y quedamos encantadas; procuraremos obedecerte en todo; pero no nos abandones: se tú nuestra luz, nuestra guía y nuestra más dulce esperanza!

CAPITULO II

El Esposo, flor y lirio.—La esposa, azucena. El Manzano.—Su sombra y su fruto.—La bodega de los vinos.—El desmayo socorrido con flores y manzánas.—La izquierda y la derecha del Señor.—El sueño no turbado.—La corza y el cervato.—El acecho tras la pared.—Amiga, paloma.—Invierno y primavera.—Paloma en los agujeros de la peña.—Las raposas.—El Rey coronado.—La vida y la muerte.—La voz de María.

En este capítulo continúan alternando los Esposos sus mutuas alabanzas, haciendo siempre uso de comparaciones campestres y ocultando bajo estos sencillos emblemas grandes misterios. Y aun parece que cuando la frase es más llana y sencilla, penetrando en su fondo es más fecunda y conceptuosa, como lo ire-